

parte en los divinos combates, y subiendo para luchar á las cúspides de sus torres, dejarán sin guardianes estas galerías tenebrosas. En la confusion de la horrible refriega, quedará abierta para tu fuga una puerta de hierro, practicada en el granito. Una esclava cubierta con un velo, tan discreta como fiel, te designará el camino tan luégo como observe la señal que al efecto le haré, y cuando tus piés hayan traspuesto la bóveda de la puerta, y llegues á un bosque de cipreses que habrás de atravesar, la esclava entregará á Daidha en tus brazos.

Huirás con ella siguiendo las orillas del rio, sin decirle ni una de las palabras que tanto anhela escuchar su pobre alma, ni detener un momento tu rápido paso para estampar un beso en su frente pues tu salvacion y la suya dependen de tu silencio y celeridad. Huye como el corcel acosado por el tigre, huye mientras la dulce carga que estrecharás contra tu corazon no postre su vigor en la carrera. No te detendrás sino cuando falte solamente una hora para que raye el alba, en un recodo del rio, al pié de un sicomoro: seguro ya de que nadie ha de arrebatarte tu tesoro, lo depositarás allí, y me aguardarás sentado, pero sin romper todavía el silencio. Antes que empiece á despuntar la aurora, iré allí á reunirme contigo con tus gemelos, y entonces podrás disfrutar de tu dicha entera. Huiremos, juntos, ella, ellos y yo. Y si quereis que Lakmi pueda soportar el peso de la vida, sereis tan compasivos que me permitais acompañaros; ó bien me dirás: «¡Muere!» y me ahogarás en tus brazos como un mísero perro. Adios, las horas pasan, y el tiempo apremia: ya me manifestarás tu gratitud al pié del sicomoro.

Dijo, y entregándole una lima, le hizo una seña que Cedar comprendió, exclamando al propio tiempo:

—¡Hasta mañana!



DECIMACUARTA VISION

La noche, preñada de crímenes y enrojecida con el fulgor de las antorchas, hacia que sus astros horrorizados pasaran con raudó giro sobre la orgía. Las constelaciones contemplaban con asombro aquella escena desde el alto firmamento, no pudiendo comprender cómo Dios, en sus inescrutables designios, permitiera que se remontasen á tanta altura los delitos de la tierra; y los ángeles cantaban con acento solemne: «¡Lo tolera, lo tolera, porque es eterno!»

Las olas encauzadas saltaban formando cascadas ruidosas, y la iluminacion serpenteaba trazando vistosos arcos. Los rayos de los dioses, despedidos por cien morteros de bronce, enviaban á los cielos, desde las cúspides de las torres, nuevos astros que, cruzándose en su parabólica ruta, formaban una segunda bóveda bajo la opaca noche, una ondulante red de soles movedizos, de reflejos áureos ó plateados, azules, perla-dos ó rojos: los unos, semejantes á gotas de fuego, se disolvian á modo de lluvia; como el arco-iris; nuncio de la bonanza; suspendidos los otros en los aires, trazaban templos maravillosos iluminados con relámpagos; y estallando luégo en aquellas regiones cual fragorosos rayos, parecian porciones del cielo que se derrumbaban reducidas á polvo. La mú-

sica uniendo sus sonos á tan grandes acentos, agitaba el aire sacudiendo por su intermedio todos los sentidos, y como si diese á todos una sola alma, de mil impresiones vagas no formaba más que una, arrebatando á la vez en sus fogosas corrientes el alma del esclavo y las de los tiranos.

Todo el pueblo presenciaba los mágicos esplendores de la fiesta, coronando las almenas de cabezas humanas; todas aquellas cabezas inquietas parecían animadas á la vez de un mismo movimiento. Los suelos, los techos y las paredes parecían dotados de vida; y al ver respirar á tantos pechos, hubiérase creído que en el espacio no habria suficiente aire para ellos. El pueblo habia entregado los envilecidos enjambres de sus beldades más jóvenes para tan impura fiesta; y ellas eran el incienso de sacrificios abominables, miserables primicias de los lúbricos altares: la promiscuidad de aquellos amores espantosos las hacia pasar de unos brazos en otros como inmundo rebaño. El vino, el amor, los gritos de hombres y mujeres corrian, infectaban la muerte del alma y la atmósfera, elevando los miasmas de la tierra, hubiera asfixiado á los ángeles ahogados en su vuelo.

Absteniéndose de participar del asqueroso lodo en que los demás se encenagaban, Nemphed y su rival se miraban mutuamente, gustando solamente algunas gotas de sus libaciones para preservarse de la invisible muerte. En el momento en que Nemphed, pérfidamente astuto, creyó ver á su enemigo vacilar bajo el sopor de la embriaguez, fingió á su vez adormecerse, é hizo á Lakmi la seña del crimen convenido. Acercóse esta al rey de los dioses como para oírle mejor; echóle al cuello ambos brazos, y semejante al niño que, deseando dar un beso, no sabe si estamparlo en los ojos ó en la boca, introdujo en la sien del mónstruo la aguda punta de un dardo sutil que llevaba sujeto entre los dientes y oculto con los labios. No es tan mortal el hacha ni tan rápido el relámpago, como lo fué el efecto de aquel dardo: el monarca cayó instantáneamente precipitado de su trono, rompiéndose la frente contra el pavimento. Asrafiel, al verlo caido, desnudó al punto su acero.

Los dioses embriagados despiertan y se levantan vacilantes; tronos, mesas, altares caen hechos pedazos; todos los ámbitos del palacio resuenan con estruendosos gritos, mientras los dioses se degüellan entre sí con mortal encarnizamiento. Los esclavos en tanto devoran ansiosos los restos de los festines, y durante los horrores de aquella larga noche, todo se dispersa y muere, todo triunfa ó huye.

Lakmi se habia eclipsado, cual relámpago mortal, en la confusion de la insensata lucha, y dejando que los dioses se disputaran el trono ó la muerte, habiase encaminado presurosa á su desierto palacio; allí, una esclava solicita y cómplice de sus crímenes secretos tomo los cabellos usurpados á la frente de la cautiva, costándole trabajo levantarlos con su débil mano; alisó diestramente las trenzas con sus dedos, y reuniéndolos en la cabeza de Lakmi, la engalanó con tan rico y preciado botin. Contempló la infame criatura su belleza en el cristal, envaneciéndose insolente con aquel atractivo robado, dió la última mano á su postizo tocado, lo perfumó, y esquivándose á todas las miradas, salió de su aposento con su esclava.

Mientras tanto, estaba Cedar sumido en sus reflexiones, contando las horas por los latidos de su corazón. Habia ya roto sus cadenas con la lima; su sangre impaciente corria en libertad por sus venas; oía resonar el combate sobre su cabeza, y vió á sus guardianes alarmarse y salir. Solo en el fondo del abismo desde el cual escuchaba con atención aquellos rumores, aguardaba que una mano le revelara su camino; por fin, percibió el ruido leve de los pasos de una mujer; la cual se acerca, llégase á él, vuelve á ponerse en marcha y Cedar vá en pos de ella. Siguiendo los callados pasos de su silenciosa guía, cruza la puerta de la recia muralla: su acompañanta le abandona: ¡ya está en libertad, ya está solo!

La noche extiende su negro manto sobre la naturaleza entera, cual si, instruida de aquel misterio, quisiese rodear la fuga de impenetrable sombra; apenas ve Cedar la ondulación

de las copas de los cipreses sobre el anchuroso horizonte; acércase á tientas á un árbol que llega á tocar y de pronto.... siente un corazon sobre el suyo y un dedo sobre su boca! Al leve impulso del viento, párecele que los cabellos de Daidha le rodean con su flotante velo: la toma en brazos, la levanta silencioso, y más ligero que un ensueño, huye con ella, guiándose por el mugiente rumor del rio, y sin que su fogoso aliento se permita un instante de reposo. Sus labios aspiran en vano el hálito de otros labios; en vano es que aquel tembloroso corazon que palpita sobre su pecho comunique á su sangre sus latidos; en vano, enlazando su cuello con sus inflexiones, dos brazos rodeados á él cual ramas de sauce sostienen una cabeza reclinada en su hombro; en vano parece abandonarse á sus apasionados abrazos aquella dulce carga cuyos estremecimientos percibe; pues ni siquiera se inclina para rozar aquellos labios con los suyos, ni sacia de amor el amor que le consume, como el corazon oprimido que se detiene un instante para respirar despues con más libertad. Nada puede contener su carrera, cada vez más rápida: toda mata, toda caña le parece un gigante que le acecha: cada rumor del rio un grito que le persigue; atraviesa un reino en un cuarto de la noche, y no suspende su desatentada marcha sino cuando en un recodo del rio divisa el tronco de un sicomoro.

Allí, sobre una verde alfombra que lamen las aguas, deposita tembloroso su amorosa carga, y dando tregua por fin á su cruel martirio, se sienta junto á ella y la atrae á su corazon.

¡Oh! ¿Porqué ha de ser tan negro el nocturno manto que no le permite vislumbrar siquiera aquellos miembros adorados, aquellos ojos, aquel rostro ajado por el dolor y enflaquecido por la separacion? Su corazon de esposo estalla y se deshace en sollozos, y sus lágrimas se mezclan á oleadas con sus besos. Estrecha con vehemencia, y sin atreverse á romper el silencio, aquel cuerpo que palpita de delirio y de temor y en su ferviente éxtasis le repite mil veces apasionadas fra-

ses contestadas tan sólo por suspiros: ¡su amor bastaria para llenar una noche eterna! Enajenada de felicidad, Lakmi (¡porqué era ella!), y usurpando aquel amoroso anhelo excitado por otra, se embriagaba de temor y de ventura. Sobre aquel corazon, engañado por su infernal malicia, abrasábase en el fuego que encendia en él su rival, y por temor de convertir el delirio en sospecha, apagaba en sus labios con el aliento los sonidos de su voz. Recelaba que una palabra, un suspiro, un ademan, disipase el error antes de rayar la cercana aurora; y sabiendo que el horror seguiria á los arrebatos de la pasion, queria apurar el engaño hasta el postrer instante. Ocupando en brazos de Cedar el puesto de su esposa, hasta el fulgor de una estrella le llenaba el alma de espanto, y así como en el prado una ávida culebra se endereza y se suspende del pecho de una oveja, y agotando la mama de la blanca madre, bebe la leche destinada al corderillo que muere de hambre lejos de ella así tambien, adherida la pérfida criatura al seno de Cedar, y saboreando hasta el extremo su victorioso latrocinio y aspirando las más santas y tiernísimas frases, recibia las caricias del jóven en su frente profanada, hasta que Cedar inclinó la suya, vencido por la languidez, y Lakmi se durmió con la cabeza reclinada sobre su corazon.

.....
 Cuando Cedar despertó, Lakmi dormia aún. Al aparecer en el firmamento los primeros matices de la aurora, quiso contemplar el astro de su alma ántes de mirar la luz de los cielos, y para ver de nuevo aquel rostro entreabrió con cuidado la vaporosa nube de sus cabellos sueltos, de aquellos espesos bucles cuyo aroma y cuyo roce causaban la misma impresion que las leves plumas de las alas de un ángel.—«¡Despierta, dijo, luz de mis ojos!» entónces descubrió aquel rostro con su mirada fija, midió de una sola ojeada la perfidia y el engaño, y apartándole bruscamente con el codo, se levantó horrorizado.

Despertando Lakmi al oir su grito, rodó al suelo desde sus brazos, mientras Cedar, sacudiéndola como el pastor heri-

do sacude inútilmente al aspíd enlazado á su pierna, exclamaba:

—¡Execrable instrumento de vicio y de impostura! ¡Infame vibora! ¡Muere sobre la misma herida que has causado!

Y arrancando con nerviosa mano los cabellos de aquella frente que sujeta airado con sus rodillas, añadió:

—¡Oh pudorosos velos, castas ondas! ¡Habeis podido flotar sobre esos repugnantes miembros!

Y empujando á Lakmi hácia la escarpada orilla del río, cortada á pico, le gritó:

—¡Vé á empozoñar el infierno que te ha vomitado!

En aquel sitio el terreno formaba un declive agrio y escabroso que dominaba á cien piés de altura el lecho mugiente de las ondas: un paso más, y Lakmi caía precipitada desde su borde; pero en el momento en que iba á caer irguió su cuerpo, y aferróse á Cedar en un supremo abrazo, dejando en su piel la horrible huella de sus uñas.

—¡Sí, lava, ángel mancillado, mi perfidia con mi muerte! exclamó. ¡Hiéreme sin piedad! ¡Destrózame sin remordimiento! No ignoraba yo á qué precio compraba mi audacia celosa ese amoroso ensueño disfrutado en tus brazos. He hecho el pacto impio y no me arrepiento: bien valia una muerte esta noche de placer! Mi vida es una tempestad, y forzosamente debía estallar: puesto que he robado al cielo, acepto el rayo. ¡Ahora puede ya herirme! lo desafío ¡adios! He usurpado en tu seno la ternura de un dios!»

Dijo, y poniendo fin á la espantosa lucha, rodó hasta el borde del abismo, resignada á su caída, y las olas, teñidas de sangre y de cieno, arrebataron su cuerpo, del mismo modo que arrastran las inmundicias de sus orillas.

Cedar, que continuaba lleno de odio y de horror al borde del precipicio, apartó la vista con disgusto de aquel espectáculo, y retrocedió en seguida como un insensato por el mismo camino llevando levantados en la mano los cabellos de Daidha.

El violento resuello de su pecho hacia ondular los cañavera-

les; de su garganta salian sordos rugidos; sus pasos retumbaban en el suelo como la pesada planta de un coloso de bronce. Los leones de las selvas huian al acercarse él, y el aguila espantada volaba á guarecerse en la roca. Su pecho hendia las olas sin sentir las; oíanse claramente los violentos latidos de su corazón, y por momentos salian de entre sus dientes, que rechinaban con fuerza, palabras sin ilacion y voces mugientes. Sus músculos palpitantes dilataban el contorno de su cuerpo; sus ojos despedian rayos y su aspecto mataba: el copioso sudor, que caia á sus piés en anchas gotas, dejaba en pos una humeante huella, pero no era el sudor del cuerpo indicio de su vigor, sino el del alma que destroza el corazón. Asi se encaminaba ciegamente hácia su objeto sin idea determinada, cual máquina inconsciente puesta en movimiento, y brillando tan sólo en sus ojos el rayo de la venganza.

La noche extendia ya su sombra por los cielos, cuando el pueblo de corazón servil le vió desde lo alto de los muros subiendo en lontananza por los senderos de la ciudad—«¿Qué gigante llega por allí? decian. ¿Á dónde va? ¿De dónde viene? ¿qué lleva en la mano? Tremola al viento una rara enseña; que parece la crin de los caballos de la noche. ¡Su sombra, proyectada sobre el muro, llegaria á mayor altura que el vuelo de un ave: un roble se cimbrea como una caña bajo su brazo, y tendria que doblar el cuerpo para pasar por las puertas de nuestras torres. ¿Es el viento, el relampago, el rayo ó la tempestad? ¡Corred!.... ¡Vedle!.... ¡Temblad!.... ¡No os acerqueis!»

Y la muchedumbre se apiñaba á su encuentro, y abriéndose ante él para dejarle paso, volvía á cerrarse tras él en oleadas cada vez más compactas. Cedar andaba y andaba sin detenerse, cual río que arrastra en su curso las aguas de mil arroyos, y levantando aquellos hermosos cabellos de mujer que el viento desplegaba como flotante oriflama, parecia agitar el crimen de Lakmi como un sueño de fuego sobre aquel pueblo dormido. La voluble multitud, que se encamina á donde el viento la lleva, le seguía instintivamente, sin decir una palabra.

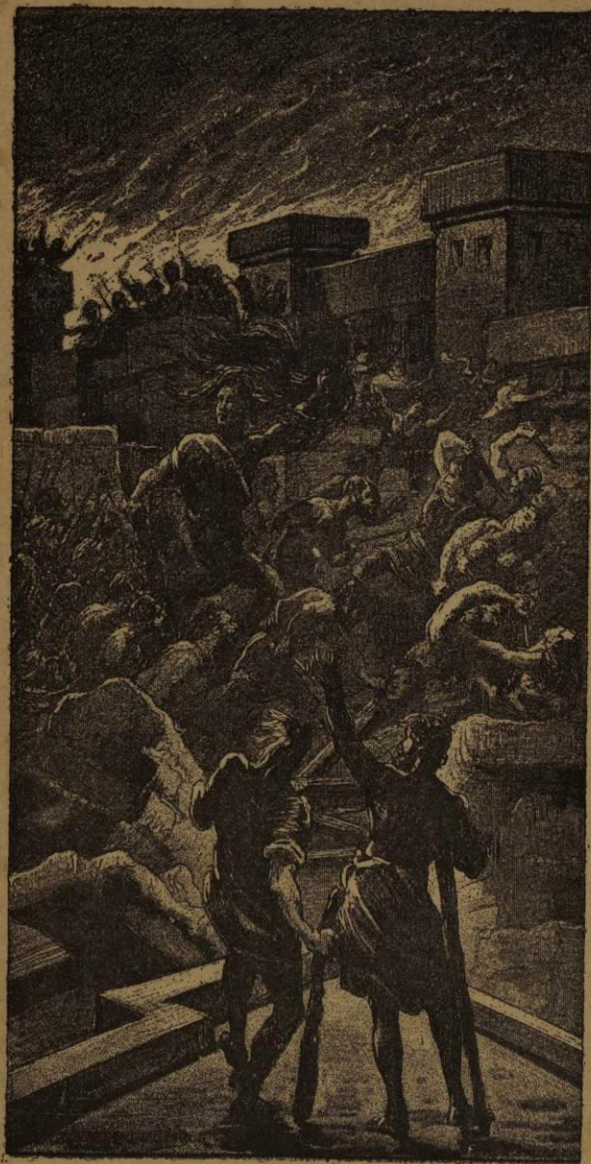
Cuando Cedar vió agolpado en torno suyo todo aquel pueblo que admiraba su gigantesca estatura y sobre el cual descollaba cual mástil erguido en el seno de la tempestad, se detuvo con terrible aspecto y volvió la cabeza; y con divino continente y una voz cuyo acento hubiera paralizado el curso de un torrente bramador, exclamó:

—¿Hay alguno de vosotros que conserve en el fondo de su alma un moribundo destello del fuego de Adonai? ¿Hay alguno de vosotros que guarde sepultado en los pliegues de su corazón al Dios de Adonai, ese Dios de los oprimidos, cuyo nombre es una espada? ¡Si todavía queda alguno, que se levante y lo diga! Ese Dios viene por fin á visitaros en mí, á afrontar á vuestros tiranos y á derribarlos!.....

Al oír estas palabras, la multitud prorrumpió en entusiasmas clamores, salieron á luz mil páginas del libro dispersado; los hijos de la palabra, coligados á la voz de Cedar, rompieron los vergonzosos vínculos que los aherrojaban, y hendiendo la compacta oleada del pueblo asombrado, se agruparon en gran número poniéndose á las órdenes del jóven. Este ejemplo hizo cobrar audacia á los pusilánimes, los cuales sacudieron á su vez los hierros que laceraban sus miembros, de suerte que á gran distancia sólo se oía resonar el ruido sublime de cadenas que caían á impulsos de la lima ó del yunque; y elevándose á la vez un millon de brazos, brotó la libertad de un millon de voces. Y el espíritu del Señor, que excita con su soplo esas tempestades, onduló como el viento sobre aquel piélago de cabezas!

Cedar, cuya cólera habia brillado sobre aquellas frentes, sintió penetrar en él el espíritu de todo aquel pueblo.

—¡Oh carne vil (ignoro qué otro nombre se os aplica), erigir vuestras frentes y volved á ser hombres! ¡Oh tierra! Abrete á los piés de tus reyes, y sepúltalos á todos en su propia audacia! Sacudid sobre sus cabezas su crimen y vuestras injurias, como mi brazo sacude esta cabellera! Miradla: es el sagrado estandarte que ellos mismos nos han proporcionado, su última infamia y su maldad postrera! ¡Qué sobre



Y el pueblo entero le siguió gritando: — ¡Marchemos!

sobre sus frentes malditas lluevan otras tantas muertes; que otros cabellos vengadores brillen en mi diestra! ¡Han despojado de ellos á una frente símbolo del pudor como á vosotros os han despojado de vuestros derechos y de vuestra grandeza; pues bien, del propio modo que yo restituí á esa frente su adorno, restituíd sus santos derechos á vuestra alma degradada por ellos. A fin de parecer más grandes á vuestros ojos, os obligan á doblar las rodillas, interponiendo sombra entre el cielo y vosotros! Borrando de vuestros corazones las creencias de vuestros antepasados, han expulsado á Dios de ellos para ser sus únicos señores! Ea pues, proclamad conmigo el nombre del Dios vivo; y ellos serán el polvo y vosotros el viento! Su reinado es una blasfemia contra la humanidad; vengar al hombre envilecido es vengar al mismo Dios; prostituir sus dones, es deshonrarlo; reconquistar los derechos usurpados es adorarlo, amigos míos! Para el hombre oprimido, el culto es de sangre! Pero la tiranía es también el crimen del esclavo; encorvarse bajo el yugo, equivale á forjarlo, y soportar tiranos es estimularlos. ¡Lavad, pues, en sangre y llamas esa maldad harto prolongada; forzad en esos palacios esas mazmorras de vuestras almas! Remontaos al cielo con tan sublime asalto; ahí, ahí encontrareis la fé, la libertad y al mismo Dios! Sus propios crímenes secundan la realización de vuestros designios vengadores; la hora, la ocasión y la noche nos son también propicias. Al dar esos monstruos rienda suelta á su sorda enemistad, han efectuado ya la mitad de vuestra obra. En sus templos han estallado sus luchas intestinas, y ni siquiera sospechan el fin que para ellos tendrá esta noche. Atravesemos los charcos de su sangre vil que está ya corriendo, ¡Marchemos!

Y el pueblo entero, lanzándose en su seguimiento, gritó:

— ¡Marchemos!

Así como el viento, cambiando sobre la líquida llanura, agita la superficie del mar rizándola levemente y corriendo éste ante la brisa, insensible al principio, apenas produce un ligero murmullo; más al soplo crecien-

te del viento que lo empuja se multiplica en mil y mil surcos, viéndose en el lejano horizonte acumularse las olas sobre las olas, y la arruga convertirse en oleada y la oleada en colina, corriendo todas ellas con bramador estruendo á derrumbar con sus embates un promontorio, y haciendo que el mar que tenia á sus piés, que no se atrevia ántes á acercarse á él, le arranque enormes peñas con sus brazos de espuma; así tambien aquel pueblo, congregado á la voz de un solo hombre, despertaba sobresaltado de su terrible sueño, y llenando los aires con sus inveterados resentimientos, se agrupaba en crecientes masas al pié de los muros, armado con sus propios hierros.



DÉCIMAQUINTA VISION

Entre tanto Asrafiel, victorioso merced á su cómplice, habia despejado el campo de rivales y subido al trono puesto el pié sobre un cadáver. Para él la voluptuosidad era la recompensa de la sangre vertida, y afin de dar nuevo pábulo á su lujuria estragada, pasaba sin transicion ni intervalo de las escenas de matanza á los excesos de la vida, dedicando el resto de la noche á la embriaguez y á la lascivia. La sangre y los perfumes se mezclaban en las losas de los inmundos atrios del palacio de los escándalos; los cánticos desaforados, los sonidos de los instrumentos apagaban los últimos estertores, de la muerte. Mil mujeres formaban allí guirnaldas obscenas, y danzaban agitando antorchas sobre aquellas escenas repugnantes. Todo era crápula y libertinaje, no pareciendo sino que Asrafiel, ahogando en la carnal materia el resto de razon que pudiera quedarle, y aterrorizado de antemano de la luz que habria de alumbrar tales espectáculos, se apresuraba á vivir ejercitando á la vez todos sus sentidos.

Excitada su imaginacion por tan horribles cuadros, queria añadir nuevos alicientes á su impunidad. Los ojos de Daidha abrasaban su alma; para él no era nada el imperio sin aquella mujer, y todos sus crímenes le parecian infructuosos si